



IRIA G. PARENTE • SELENE M. PASCUAL

EL ORGULLO  
DEL  
DRAGÓN

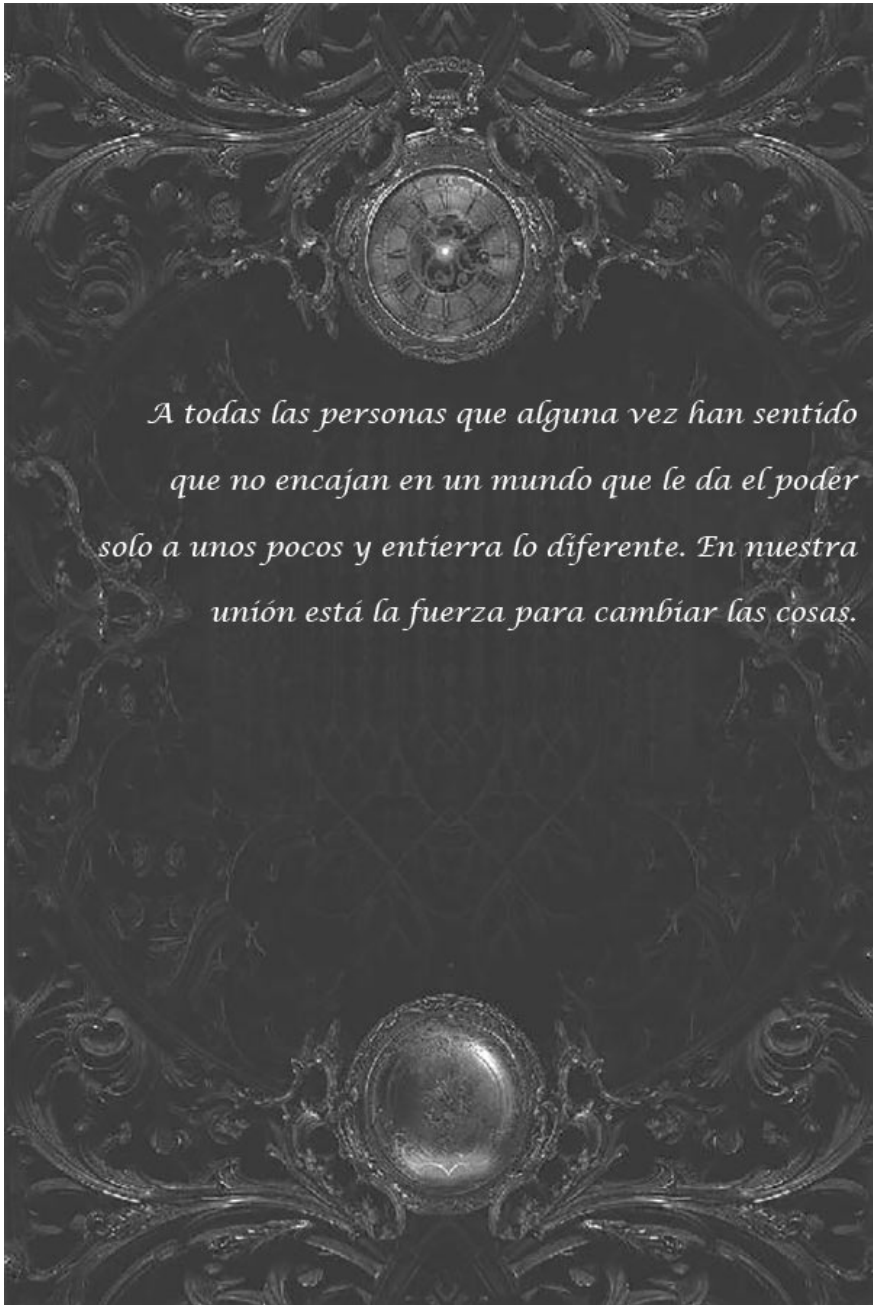
Ilustraciones de Alejandra Hg

El orgullo del dragón inicia la nueva serie de las autoras de *Sueños de piedra* y *Antihéroes*: una apasionante bilogía sobre dos sociedades enfrentadas en un entorno de corte steampunk.

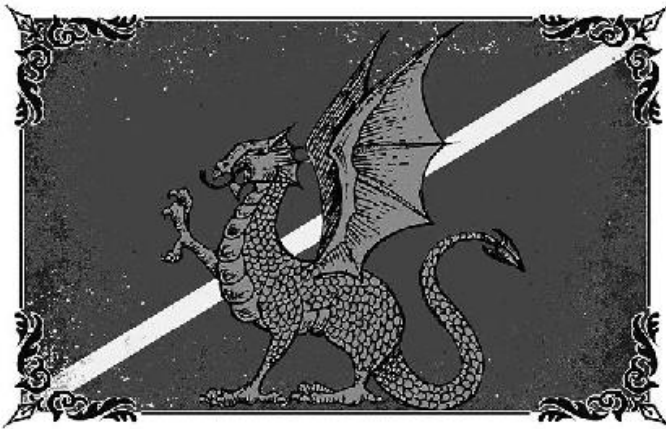
Viria es la tierra de los hombres; Gineyka, la de las mujeres.

Las diferencias entre ambas naciones son notables. En Viria, los hermanos Lavallo tienen la vida aparentemente resuelta, Neith Sinagra malvive en unas calles hostiles y Arabella Medici intenta salir adelante sin contraer matrimonio. En Gineyka, Saroi Burgoa se prepara para ser adoptado mientras su hermana, Irati, se convierte en una inventora con un porvenir brillante... Al contrario que Eider Haizea, que por su ceguera sabe que a ojos de todos carece de futuro.

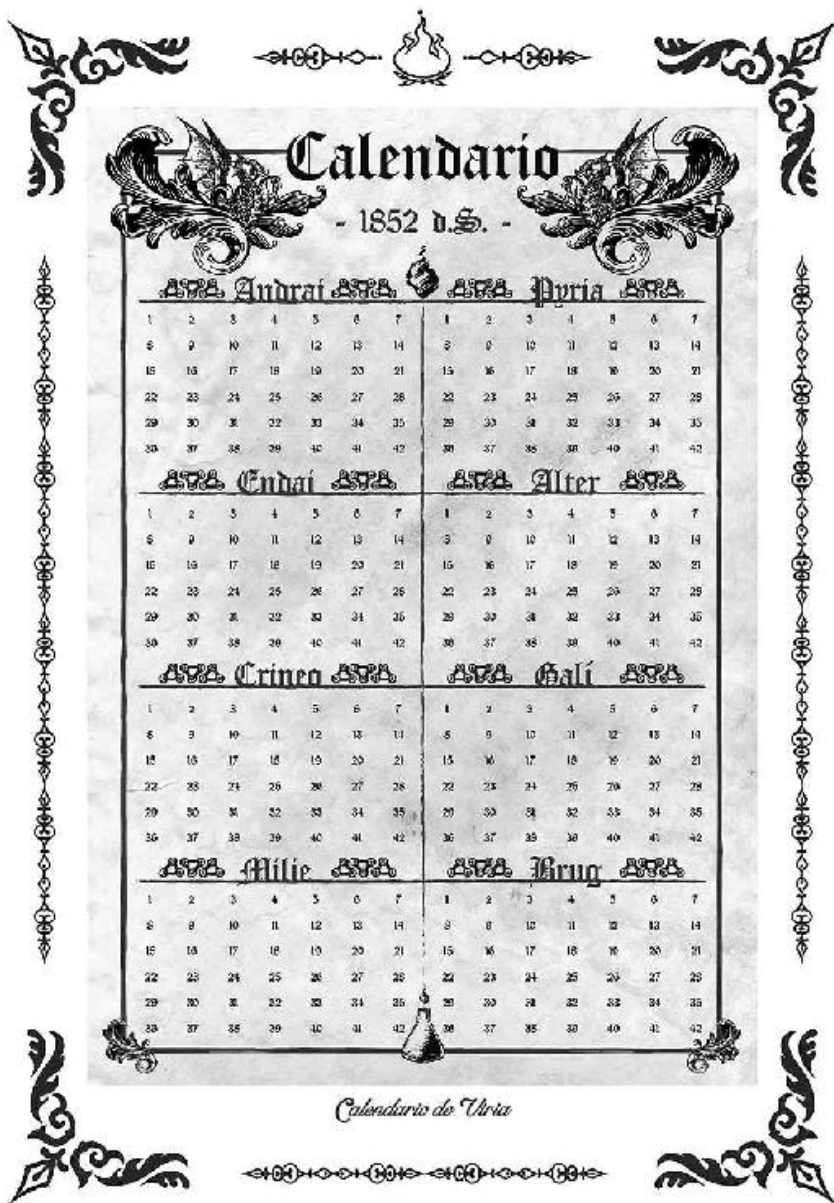
Pero hay algo que los caracteriza por igual: su disconformidad con el mundo que los rodea. Y el hecho de que todos ellos están a punto de cambiarlo.

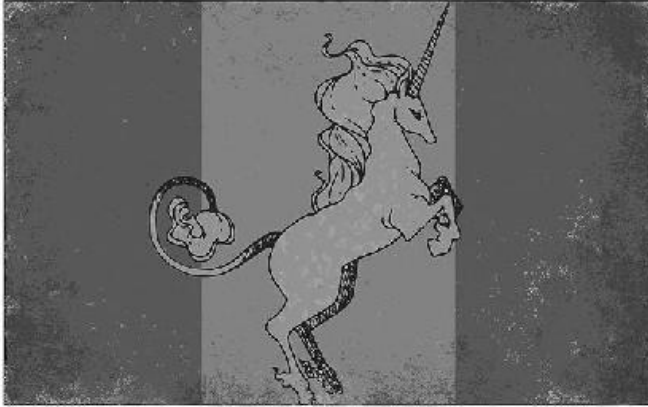


*A todas las personas que alguna vez han sentido  
que no encajan en un mundo que le da el poder  
solo a unos pocos y entierra lo diferente. En nuestra  
unión está la fuerza para cambiar las cosas.*

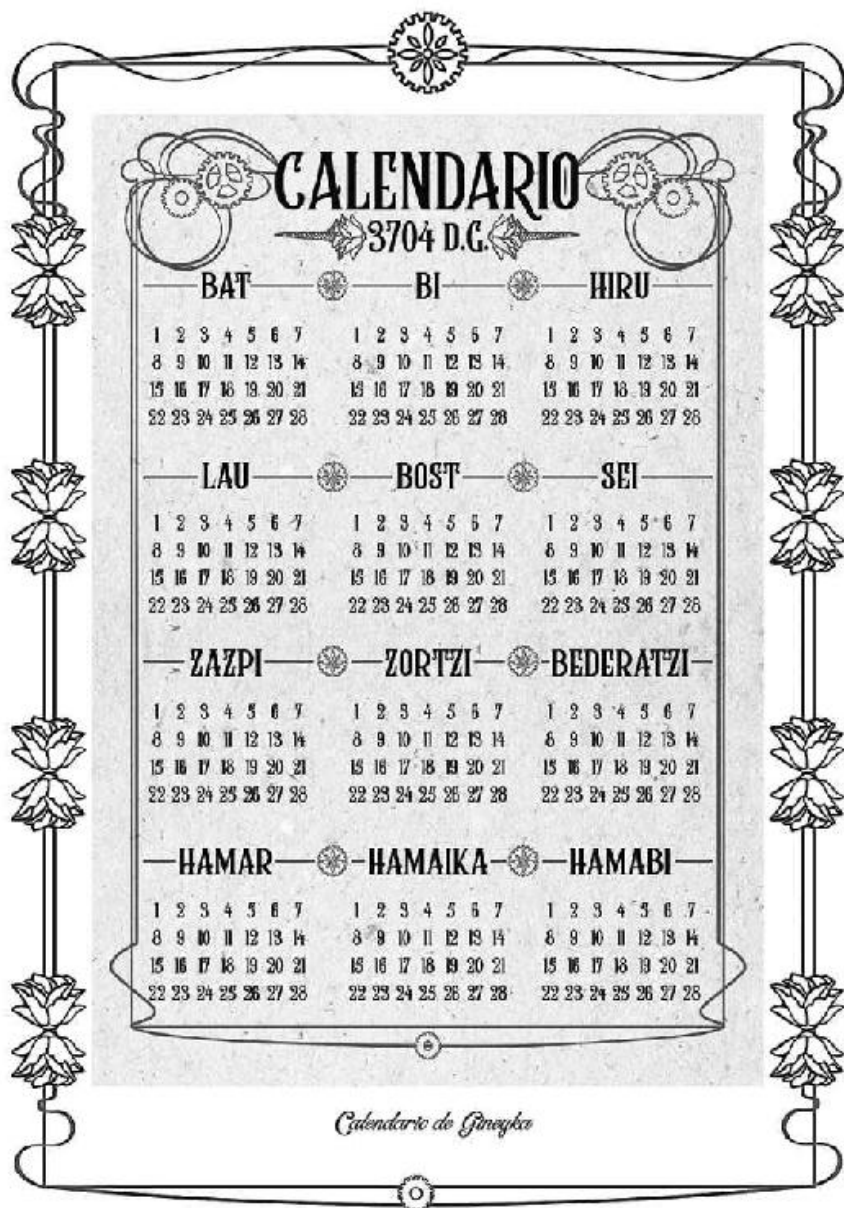


*Bandera de Uru*





*Bandera de Gineyka.*







## Capítulo 1

*20 de Alter de 1852 d. S.  
Arxia, Viria*

Era el mejor de los lugares; era el peor de los lugares.

Nadie en su sano juicio habría considerado jamás los bajos fondos de Arxia un posible paraíso, a excepción de Vianney Lavalle. Lo que otros creían una bajada a los infiernos, en su caso se percibía como un peligroso pero agradable paseo por el Purgatorio. A Via, que consideraba que no dejaba de transitar de un lado a otro, perteneciendo a todo y a la vez a nada, los lugares a medio camino siempre le habían resultado atractivos.

Por eso adoraba las tardes como aquella, en las que solo tenía que enfundarse en ropas más pobres de lo que le correspondían y perderse en aquellos callejones en los que jamás debería haberse metido.

Aunque, si aquel día no lo hubiera hecho, quizás alguien se hubiera consumido de verdad para siempre en el Infierno.

Por supuesto, Via no pensaba en salvar a nadie aquel 20 de Alter de 1852. A sus dieciséis años ya había comprendido que lo más importante en Viria era salvarse a uno mismo. Tal vez el mes de Alter fuera el dedicado al altruismo y en teoría todos los habitantes del imperio debieran honrar al Santo haciendo alarde de esa virtud, pero Via era muy consciente de que los preceptos religiosos nunca habían sido más que teoría puesta sobre hermosas escrituras y obras de arte. No: Lavalle no descendía a los bajos fondos para

ayudar. A veces de sus manos caía limosna para quien mendigaba, en otras ocasiones llevaba restos de una comida que sabía que ya nadie más aprovecharía en casa. Pero nunca acudía a aquel lugar por piedad ni por sentimiento de responsabilidad ni por asomo de deber.

Lo único que quería de los bajos fondos eran piezas mecánicas. Las más raras, pequeñas, extravagantes, antiguas, en desuso o aparentemente inútiles que hubiera. Las que no se podían encontrar en otro lado. Las que solo existían porque alguien se había deshecho antes de ellas. A Via le gustaba redescubrir aquello en lo que nadie más creía: a sus ojos, nada estaba perdido, solo a la espera de la posibilidad de convertirse en algo mejor.

En esa ocasión, necesitaba las piezas para arreglar un reloj. Un reloj antiguo, regalado mucho tiempo atrás, y quizá por eso uno de los relojes más importantes del mundo. Al menos, de su mundo.

Una vez que las hubo conseguido, comenzó a llover.

Ya se marchaba cuando oyó los gritos.

Podía haberlos ignorado. Lo había hecho en anteriores ocasiones: en los bajos fondos se oían muchas cosas, la mayoría de ellas no demasiado agradables. Hasta entonces, ignorar los insultos que sonaban de unas calles a otras, las carreras por los robos o los gemidos de placer en los rincones había resultado, por lo habitual, sencillo. Incluso cuando había habido alaridos de dolor, estos siempre habían sonado demasiado lejanos, lo suficiente para fingir que no eran de su incumbencia.

Pero esa vez sonaron demasiado cerca. Y también las risas.

—¡Así aprenderás la lección, sucio *thyraio*!

Las carcajadas volvieron a sonar, más fuertes que la tibia llovizna que susurraba contra los adoquines. Una vez más, demasiado cerca. Tanto que Via pudo ver a las personas a las que pertenecían las risas saliendo de uno de los callejones. Eran dos, mal vestidos, altos, de expresiones partidas

por cicatrices y golpes. Se marchaban celebrando, como si en aquel pequeño espacio entre edificios retorcidos hubieran llevado a cabo una gran proeza.

Eso fue lo que evitó que Vianney Lavalle pasara de largo aquella tarde. Ignorar lo que se oía podía ser fácil; lo que se veía, quizá no tanto. Supo, mientras observaba marchar a aquellos dos tipos, que si se desentendía de lo que había ocurrido en aquella calleja, volvería de su paseo por el Purgatorio con un fantasma persiguiéndole. Y ni siquiera podía tener la convicción de que fuera en un sentido metafórico.

Así que guardó las piezas en el fondo de su abrigo, respiró hondo, apretó la mano en torno a la pistola que siempre le robaba a su hermano para sus escapadas y se asomó al callejón.

Al principio no vio nada. En aquel pasillo angosto y sin salida solo se arremolinaban la oscuridad y la lluvia que había comenzado a caer con más fuerza. Pero, cuando se fijó, un bulto se movió en el suelo. Podría haberse tratado de una culebra, de no ser por su tamaño. Se arrastraba de la misma manera, con el cuerpo replegado sobre sí mismo. Incluso bajo el creciente aguacero, que golpeaba el suelo y las paredes, oyó su gemido.

Tal vez Vianney Lavalle no fuera la mejor persona del mundo. Pensaba demasiado en sus propias circunstancias, en todo lo que podía ganar y en todo lo que podía perder.

Pero al menos no era alguien sin corazón.

Por eso se movió rápido. Cuando se arrodilló, descubrió a un muchacho que rondaría su edad. Su cara molida a golpes estaba empapada de sangre y sus párpados habían caído. Si había tenido posesiones hasta el momento, sus atacantes debían de habérselas llevado todas, porque ni siquiera llevaba calzado. Su cuerpo, demasiado delgado, hablaba de desnutrición y supervivencia, aunque eso no era una sorpresa en el lugar en el que se encontraban.

El color de su piel —un marrón claro que bastaba para que no se le considerase como un hijo de Aión— le dio la pista de que, si no quería buscarse problemas, debía dejarlo allí. Olvidarlo o vivir con su fantasma en los talones, pero no ayudarlo. Dedicarle una sola palabra ya era suficiente para meterse en problemas.

Aquel pensamiento no duró más de medio segundo en su cabeza. En realidad, Via nunca podría haber dejado allí a aquel chico. Quizá porque comprendió qué ocurría. Quizá porque le dio rabia la situación. Quizás, incluso, porque de repente Endai, Santa de la Piedad, había decidido iluminar sus acciones.

O quizá tan solo consideró a aquel joven otra pieza rota, de la que nadie esperaba nada, y que lo único que necesitaba era una nueva oportunidad. Alguien que lo recogiese.

Por eso sus brazos tiraron de él hacia arriba. El movimiento puso en tensión al herido, que emitió una nueva queja y abrió los ojos. Apenas consiguió enfocarlos.

—Déjame.

Su voz era un hilo. Lavalle tuvo que resoplar.

—Trato de ayudarte.

—No he pedido tu ayuda —gruñó el otro.

Via tuvo ganas de soltarlo, pero se limitó a alzar una ceja.

—Bien, porque yo no he pedido tu permiso para ayudarte. Te vienes conmigo. Necesitas un médico.

Hubo otro quejido, pero fue más soñado que realizado. El muchacho casi no podía sostenerse a sí mismo y perdió por completo la consciencia cuando Via apenas había conseguido ponerlo en pie. En el fondo, se alegró. Así no lo tendría protestando todo el camino.

Como le había dicho, necesitaba un médico. Y sabía bien dónde encontrar uno.

Después de toda la vida conviviendo juntos, León Lavalle todavía se negaba a ponerse en lo peor cuando se trata-

ba de Via. Quizá porque una parte de él aún se aferraba a la idea de que su familia solo podía estar formada por personas responsables que podían cuidarse sin ayuda. Quizá porque tenía la esperanza de que, después de trabajar todo el día, su casa debía ser un puerto seguro, un refugio de silencio y calma.

Lo único que siempre había deseado era una vida tranquila.

Y sabía de sobra que eso sería lo último que tendría. Se lo repetía a sí mismo más veces de las que creía necesarias, y aquella noche tuvo que volver a hacerlo, después de consultar el reloj por décima vez y darse cuenta de lo tarde que se estaba haciendo. Se asomó de nuevo a la ventana y pensó en salir en su búsqueda, a sabiendas de lo inútil que sería peinar la ciudad él solo. Su preocupación no hizo más que incrementarse cuando las dos figuras se acercaron renqueantes por las calles mojadas, llenas de destellos ambarinos procedentes de los charcos y la luz de las farolas. Cuando reconoció la silueta que se había calado la gorra hasta las cejas, no sabía si en un intento de esconder su cara o de protegerse de la lluvia, logró volver a respirar con tranquilidad.

León corrió a abrirle la puerta, antes de que Via pudiese hacer sonar la campana y atraer la atención de algún vecino. Ni siquiera pudo enfadarse. Solo necesitaba saber lo que había ocurrido.

—Dime que no te has metido en una pelea, Via.

Un resoplido. Un paso vacilante. León estiró los brazos y agarró al joven herido con cuidado, aunque antes miró de un lado al otro de la calle para asegurarse de que estaba desierta y nadie veía qué tipo de persona estaba a punto de entrar en su hogar. Se asombró de lo poco que pesaba el chico, pero su examen fue más allá. Tenía al menos un ojo morado y el labio partido. La nariz se le había hinchado, aunque no parecía rota. El pómulo lo tenía magullado.

—¿Dónde...?

—Le han dado una paliza. Estaba en el suelo, en un callejón, y...

Calló y apartó la mirada. León quiso decirle muchas cosas. Que no debió meterse. Que no debió llevarlo a casa. Que podían meterse en más de un problema. Que aquello, a ojos de muchos, estaba *mal*. Pero, cuando hundió los dedos en el torso del chico y sintió lo que había debajo, tuvo que morderse la lengua.

—Vete a cambiarte esa ropa mojada —murmuró—. Yo me encargo.

No dejó que protestara. Via sabía cuándo no quejarse, y cuando su hermano ponía esa cara, con los labios apretados y los ojos entornados, era mejor hacerle caso. León, por su parte, se llevó al herido con toda la delicadeza que fue capaz. Subirlo por las escaleras quedó descartado porque era mejor inmovilizarlo cuanto antes, de modo que le hizo sitio en la habitación de invitados que había en la planta baja, junto al pequeño taller donde Via solía trabajar en sus proyectos.

Lo tumbó en la cama con cuidado y le quitó la camisa, palpando su pecho huesudo para comprobar que, en efecto, tenía una costilla rota. Su paciente se quejó, pero no llegó a despertarse. León lo prefería inconsciente. Era más fácil así, para él y para el convaleciente. Y, de todas formas, no había mucho que pudiera hacer por él. Se aseguró de que no había sangre en ninguna otra parte del cuerpo y lo puso lo más cómodo que pudo, en una posición en la que la costilla partida no le impidiese respirar con normalidad. Le limpió la cara, le puso paños fríos y le hizo tragar, pese a estar dormido, una cucharada de paregórico. Lo vigiló hasta que su sueño se tornó más profundo.

Via entró en la habitación cuando ya había acabado y se estaba limpiando las manos. Llevaba ropa limpia y seca y parecía haber probado algo de cena, pues sabía que a su hermano no le gustaba que lo observaran trabajar.

—Una costilla rota y la cara magullada —anunció el doctor Lavalle sin ceremonias—. Pero se recuperará. Si guarda reposo y la costilla cura bien, no creo que haya problema.

—¿Cuánto tardará?

—Mes o mes y medio. —Empezó a recoger, como si estuviera en una de sus visitas profesionales en una casa de la zona alta—. A menos, claro, que vuelva a meterse en una pelea. ¿De qué lo conoces?

—No lo conozco. Vi a dos hombres salir de un callejón y supe que le habían dado una paliza. Solo quería ayudar. No podía dejarlo allí.

León Lavalle suspiró. Estaba seguro de que, si él hubiera estado en esa situación, tampoco podría haber dejado al chico en el suelo.

—Si alguien te ha visto traerlo...

—Las calles están casi vacías a estas horas. Un carruaje nos dejó cerca del hospital de San Alter, pero luego lo traje hasta aquí caminando. —Apartó la vista—. Con mucho cuidado de no dejar que nos vieses.

Sus palabras destilaban amargura y por eso León no se atrevió a decirle que podría haber dejado a aquel desconocido en San Alter; que para eso estaban los hospitales. Al volver la vista al herido, además, se dio cuenta de que un muchacho como aquel jamás sería su prioridad. Y que Via, en cualquier caso, habría tenido que dar demasiadas explicaciones.

—Ten cuidado, Via —dijo al fin—. Las buenas personas son las que más acaban sufriendo por los demás.

Sus ojos azules lo observaron con una quietud que no casaba con los dieciséis años que tenían, pero León se negó a hundirse en ellos más de lo necesario. Sabía que, si lo hacía, amenazaría con ahogarse.

—Volveré a verlo en un par de horas. Puedes irte a la cama.

Con un suspiro de cansancio, se dio la vuelta y abandonó el cuarto. Sabía perfectamente que Via no lo haría.